

SENTIRSE INSATISFECHO

Franz Kafka

Cuando la cosa se volvió insoportable (fue más o menos durante un anochecer del mes de noviembre) y yo corría por encima de la angosta alfombra de mi habitación como si fuera una pista de atletismo, y asustado como se veía la calle iluminada volví a darme la vuelta y en lo profundo de la habitación, en el fondo del espejo, volví a obtener una meta nueva para mis pasos, y grité, solo por oír el grito al que nada responde y al que tampoco nada le merma la energía del gritar, que por tanto se eleva sin contrapeso y no puede cesar aunque enmudezca, entonces se abrió la puerta en la pared, sin aviso y con mucho apresuramiento, porque era necesaria la prisa, sí, e incluso los caballos de tiro, abajo, sobre el adoquinado, como caballos desbocados en la batalla, exhibieron los gznates, se irguieron.

En forma de pequeña aparición fantasmal, una criatura entró desde el pasillo completamente a oscuras, en el que no estaba prendida la luz todavía, y se detuvo, de puntillas, sobre una de las tablas del suelo, que cedió de una manera imperceptible. Ligeramente deslumbrada por la penumbra de la habitación, quiso ocultar la cara rápidamente entre las manos pero se tranquilizó de improviso, con la vista dirigida a la ventana frente a cuya cruz la bruma alzada por el alumbrado público quedaba olvidada bajo la oscuridad. Con el brazo derecho acodado en la pared, aquella criatura se mantenía erguida frente a la puerta abierta y dejaba que la corriente de aire de fuera le acariciara las articulaciones de los pies, también la línea del cuello, también las sienas.

Yo miré un poco en aquella dirección, a continuación dije «buenos días» y agarré la bata, que estaba encima de la pantalla de la chimenea, porque no quería permanecer ahí de pie, medio desnudo. Durante un ratito mantuve la boca abierta para que se me fuera la agitación. Me sabía mal la saliva, en la cara me temblaban las pestañas, no tenía yo ya poco, que encima me venía precisamente esa visita, una visita esperada, todo hay que decirlo.

La criatura seguía en el mismo lugar junto a la pared, tenía la mano derecha presionada contra el muro y, con las mejillas completamente coloradas, no podía sentirse nada satisfecha de que la pared estuviera enjalbegada con yeso de granos gruesos, y los quitaba frotando con las yemas de los dedos. Yo dije:

—¿Es a mí realmente a quien quiere usted visitar? ¿No es una equivocación? No hay nada más fácil que equivocarse en este edificio grande. Yo me llamo Fulano de tal, vivo en la tercera planta. Así que, ¿soy yo la persona a la que quiere ver usted?

—¡Calma, calma! —dijo la criatura hablando por encima del hombro—. Todo está correcto.

—Entonces entre un poco más en la habitación, querría cerrar la puerta.

—La puerta acabo de cerrarla yo. No se tome esa molestia. Lo que tiene que hacer es calmarse.

—No es que sea una «molestia». En este pasillo vive un montón de gente, todos conocidos míos, por supuesto; la mayoría de ellos regresan ahora de sus ocupaciones; cuando oyen hablar en una habitación, se creen ni más ni menos que tienen todo el derecho de abrir la puerta y de entrar a ver qué sucede. Son cosas que pasan. Esas personas acaban de dejar atrás el trabajo diario. ¡A quién no avasallarían en esta provisional libertad vespertina! Algo que usted sabe también, por cierto. Permítame que cierre la puerta.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué tiene usted? Por mí que entre el edificio entero. Y se lo vuelvo a repetir: ya he cerrado yo la puerta, ¿cree acaso que solo usted puede cerrar la puerta? La he cerrado incluso con llave.

—Entonces está bien así. Más no pretendo. No tenía por qué haber cerrado usted con llave. Y ahora acomódese ya que está aquí. Es usted mi huésped. Confíe plenamente en mí. Instálese a sus anchas, sin miedo. Yo no voy a presionar para que se quede aquí,

ni para que se marche. ¿Es que tengo que decírselo acaso? ¿Tan mal me conoce usted?

—No. Realmente no tenía por qué decirlo. Es más, no tendría que haberlo dicho en absoluto. Soy una criatura, ¿por qué tomarse tantas molestias conmigo?

—No lo son, no. Sí, claro, una criatura, dice, pero tampoco es usted tan joven. Ya es una criatura bien crecida. Si fuera usted una señorita, no podría encerrarse así, sin más, en una habitación conmigo.

—Sobre ese asunto no tenemos que preocuparnos para nada. Solo quería decir una cosa: el hecho de que yo lo conozca tan bien, me protege bien poco; tan solo lo exime a usted del esfuerzo de contarme alguna mentira. Y usted, en cambio, se pone a lanzarme cumplidos. Deje eso, se lo exijo, deje eso. Además yo a usted no lo conozco en todas partes ni de forma continuada, y mucho menos en esta penumbra. Sería mucho mejor que encendiera usted la luz. No, mejor no. De todas formas retendré en la memoria que usted ya me ha amenazado.

—¿Cómo? ¿Amenazas mías, dice usted? Por favor, se lo ruego. Si estoy contentísimo de que usted esté por fin aquí. Digo «por fin» porque ya es muy tarde. Me resulta incomprensible por qué ha venido usted tan tarde. Por ello es posible que, llevado por mi alegría, me haya hecho un lío al hablar y que usted lo haya entendido justamente de esa manera. Admito diez veces, o las que sean, que he hablado de esa manera, sí, es cierto, he pronunciado amenazas y todo lo que usted quiera... ¡Pero nada de riñas, santo cielo! Pero ¿cómo ha podido pensar eso usted? ¿Cómo

ha podido ofenderme de ese modo? ¿Por qué quiere estropearme con toda violencia este ratito de su presencia aquí? Un desconocido sería mucho más atento que usted.

—Ya lo creo; no hay que ser una persona muy lista para saber eso. Mi carácter me hace tener las mismas atenciones con usted que con cualquier desconocido. Usted también lo sabía, así que ¿a qué viene esa nostalgia? Dígame que quiere representar una comedia y me largo de aquí ahora mismo.

—¿Ah, sí? ¿Se atreve a decirme eso también? Es usted quizás demasiado audaz. Al fin y al cabo está usted en mi habitación. Frota sus dedos a tontas y a locas en mi pared. ¡Mi habitación, mi pared! Y además, eso que usted dice es ridículo, no solo descarado. Dice usted que adopta esos modales conmigo por su carácter. ¿Es verdad eso? ¿Se debe a su carácter? Eso es muy amable por parte de su carácter. Su carácter es el mío, y si yo, por mi carácter, me comporto hacia usted con amabilidad, usted debería proceder de la misma manera.

—¿Es esto amabilidad?

—Hablo de antes.

—¿Sabe usted cómo seré yo más tarde?

—Yo no sé nada.

Y me dirigí a la mesita de noche y encendí la vela que había en ella. En aquel tiempo yo no tenía ni gas ni luz eléctrica en mi habitación. Luego me quedé sentado un rato junto a la mesa hasta que también me cansé de esto, me puse el sobretodo, agarré el sombrero del canapé y soplé la vela. Al salir tropecé con una pata del sillón.

En la escalera me encontré con un inquilino de mi misma planta.

—¿Ya vuelve a salir otra vez, golfo? —preguntó reposando las piernas despatarradas en dos escalones.

—¿Qué quiere que haga? —dije yo—. Acabo de estar con una aparición fantasmal en la habitación.

—Lo dice usted con la misma insatisfacción que si se hubiera encontrado un pelo en la sopa.

—Está usted muy bromista, pero comprenda que un fantasma es un fantasma.

—Muy cierto. Pero ¿qué ocurre si no crees en absoluto en fantasmas?

—¿Acaso sugiere usted que yo creo en fantasmas? ¿De qué me sirve a mí ese no creer?

—Muy fácil. Así ya no tendrá que tener miedo cuando un fantasma lo visite a usted de verdad.

—Sí, pero ese es un miedo secundario. El miedo real es el miedo a la causa de la aparición. Y ese miedo permanece. Es el que yo tengo ahora dentro de mí, inmenso.

Por puros nervios me puse a registrar todos mis bolsillos.

—Pero si usted no tenía miedo de la aparición misma, ¿habría podido preguntarle tranquilamente al fantasma por el motivo de su aparición!

—Está muy claro que usted no ha tenido ocasión todavía de hablar con fantasmas. De ellos nunca puedes obtener una información clara. Es un tira y afloja. Estos fantasmas parecen tener más dudas sobre su existencia que nosotros, lo cual no es de extrañar, todo sea dicho, si tenemos en cuenta su fragilidad.

—Pero yo he oído decir que se les puede dar de comer para fortalecerlos.

—En este punto está usted bien informado. Eso se puede hacer, pero ¿quién lo haría?

—¿Por qué no? ¿Y si es un fantasma femenino, por ejemplo? —dijo él y empezó a contonearse escalones arriba.

—¡Ah, bueno! —dije yo—. Pero incluso en ese caso no merece la pena.

Me puse a meditar. Mi conocido estaba ya tan arriba que, para verme, tuvo que inclinarse bajo un arco del vano de la escalera.

—Pero sea lo que sea —exclamé yo—, si me quita usted a mi fantasma de ahí arriba, se habrá acabado todo entre nosotros, para siempre.

—Pero si solo era una broma —dijo él retirando la cabeza.

—Entonces no hay problema —dije.

Y en ese momento habría podido irme tranquilamente a dar un paseo pero, como me sentía tan solo, preferí subir y me acosté.

